

nacidos para la guerra, y es, que nada os mueve mas que la alabanza. En vez de decir: os dedicais al trabajo, usa de esta circunlocucion: mirais el trabajo como á unica guia que puede conducirnos á una vida feliz; y amplificando así todas las cosas, hace su pensamiento mas grande, y realza mucho este elogio. La siguiente perifrasis de Herodoto me parece tambien inimitable: *La Diosa Venus para castigar la insolencia de los Scítas que habian saqueado su templo, los afligió con una enfermedad que los hacia mugeres.* (1)

Por lo demas nada es de un uso mas extenso que la perifrasis, con tal que se la emplee con circunspeccion y medida, pues de otro modo pierde su fuerza y se vuelve como grosera é insípida. Esta es la razon por que Platon (que siempre es figurado en sus expresiones, y á veces poco á propósito, en el concepto de algunos) ha sido ridiculizado por haber dicho en sus leyes: *no se debe permitir que las riquezas de oro y plata se establezcan y habiten en una ciudad.* Si hubiese querido, prosiguen aquellos, prohibir la posesion de los ganados, seguramente hubiera dicho por la misma razon: *las riquezas de bueyes y carneros.*

Mas lo que he dicho en general basta para hacer ver el uso de las figuras, con relacion á lo grande y sublime. Porque ello es cierto que todas hacen al discurso mas animado y patético, y el patético participa del sublime, tanto como este de lo bello y lo agradable.

(1) T. Esta enfermedad congeturan los intérpretes que seria la de las almorranas. Tambien puede ser, y á mí parecer es mas verosímil, que fuese la llamada sangro de espaldas.

CAPITULO XXV.

De la eleccion de palabras.

Supuesto que el pensamiento y la frase se explican comunmente el uno por el otro, veamos si resta algo que advertir en esta parte del discurso, relativa á la expresion. Que la eleccion de las grandes palabras y de los términos propios tengan una maravillosa eficacia para atraer y mover, es cosa que nadie ignora, y en que por consiguiente seria inútil detenernos. En efecto, acaso no hay cosa de que los oradores y cuantos escritores en general se dedican al sublime saquen mas grandeza, elegancia, claridad, peso, fuerza y energía para sus obras, que de la eleccion de palabras. Por ellas brillan en el discurso todas esas bellezas, como en un rico cuadro: ellas dan á las cosas una especie de alma y de vida. En fin, las palabras bien escogidas son, para decir verdad, la luz propia y natural de nuestros pensamientos. Sin embargo, es necesario guardarse de hacer ostencion de un vano ornato de palabras. Porque expresar una cosa infima en términos grandes y magníficos, es lo mismo que si se pusiese una gran máscara de teatro en la cara de un niño, si ya no es en la poesia....

Esto puede verse tambien en un pasage de Teopompo, á quien Cecilio reprende, no sé por qué, y que me parece al contrario muy laudable por su exactitud y porque dice mucho: *Filipo, dice este historiador, traga sin trabajo las afrentas que la necesidad de sus negocios le obliga á sufrir.* En efecto, una diction enteramente sencilla expresará á veces mejor un pensamiento que toda la pompa y ornato, como se ve todos los dias en los asuntos de la vida,

Ademas de que una cosa enunciada de un modo ordinario, se hace tambien mas creible. Así que, hablando de un hombre que para engrandecerse sufre sin trabajo, y aun con gusto, los malos tratamientos, la expresion *tragar afrentas* me parece muy significativa. Lo mismo digo de esta expresion de Heródoto: *enfurecido Cleomenes, toma un cuchillo, con el qual se corta la carne en menudos trozos, y habiéndose así desmenuzado, muere.* Y en otra parte: *Piteas, siempre perenne en el navío, no dejó de pelear hasta que le hicieron piezas.* Porque estas expresiones indican un hombre que dice buenamente las cosas, y no entiende de artificios, incluyendo no obstante en ellas un sentido nada grosero ni trivial.

CAPITULO XXVI.

De las metáforas.

Por lo que hace al número de las metáforas, parece que Cecilio es de los que opinan que no se deben permitir mas de dos ó tres, á lo sumo, para expresar una sola cosa. Demóstenes debe tambien servirnos aquí de regla. Este orador nos hace ver que hay ocasiones en que se puede usar de muchas á un tiempo, cuando las pasiones, á manera de un rápido torrente, las arrastran consigo por necesidad y en tropel. *Esos malvados, dice en cierto pasage, esos infames aduladores, esas furias de la república han despedazado cruelmente á la patria. Ellos son quienes en sus tripudios vendieron en otro tiempo á Filipo nuestra libertad, y aun se la venden en el dia á Alejandro, y midiendo su felicidad por el placer de su vientre y por sus infames desórdenes, han trastornado todos los límites del honor, y destruido entre nosotros aquella regla en que los antiguos griegos cifraban toda su felicidad, que era el no sufrir jamas dominador.*

Por medio de este tropel de metáforas, pronunciadas en el calor de la cólera, cierra el orador enteramente la boca á los traidores. Sin embargo, Aristóteles y Teophrasto, para excusar la osadía de estas figuras, juzgan que conviene aplicar estos lenitivos, *por decirlo así, si me es licito usar de estas expresiones, para explicarme con un poco de mas osadía.* En efecto, añaden, la excusa es un remedio contra las osadías de un discurso; y yo tambien convengo bastante con ellos. Mas no obstante, sostengo siempre lo que ya he dicho, que el remedio mas natural contra la abundancia y osadía, sea de las metáforas ó de otras figuras, es no emplearlas sino con oportunidad, quiero decir, en las grandes pasiones y en el sublime. Porque como el sublime y el patético lo arrastran todo consigo, á causa de su violencia é impetuosidad, exigen necesariamente expresiones fuertes, y no dejan al oyente tiempo para entretenerse en censurar, ni contar el número de las metáforas; pues en aquel momento está poseído del mismo furor que anima al que habla.

Y aun para los lugares comunes y las descripciones no hay á veces nada que mejor exprese las cosas, que un tropel de metáforas continuadas. A ellas debemos la descripcion tan pomposa de la estructura del cuerpo humano que vemos en Xenofonte; y aun Platon hace otra todavía mas divina. Este último llama á la cabeza *una ciudadela*: dice que el cuello es *un istmo colocado entre la cabeza y el pecho*: que las vértebras son *como unos quicios sobre los cuales gira aquella*: que el deleite es *el cebo de todas las desgracias que suceden á los hombres*: que la lengua es *el juez de los sabores*: que el corazon es *el manantial de las venas, la fuente de la sangre, que sale de él con rapidez para ir á todas las demas partes, y que está dispuesto como una fortaleza guar-*

dada por todas partes. Llama á los poros *calles estrechas*. Los Dioses, prosigue, queriendo sostener al corazon en el latido ó violenta palpitacion que le causa ordinariamente la inopinada vista de las cosas terribles, ó el movimiento de la cólera, que es fogosa, pusieron sobre él el pulmon, cuya substancia es blanda, y no tiene sangre; mas como este tiene por dentro ciertos agujeritos en forma de esponja, le sirve al corazon como de almohada, para que cuando la cólera le alborote, no le perturbe en sus funciones. Llama á la parte concupiscible el aposento de la muger, y á la irascible el aposento del hombre. Dice que el bazo es la cocina de los intestinos, y que cuando se llena de las horras del hígado, se infla y pone hinchado. Después, continúa, cubrieron los dioses todas estas partes de carne, la qual le sirve como de parapelo y defensa contra los rigores del frio y el calor, y contra todos los demas accidentes. Es, prosigue, como una lana suave y aglomerada que rodea blandamente al cuerpo. Dice que la sangre es el pasto de la carne; y para que todas las partes del cuerpo puedan recibir alimento, han abierto en él, como en un jardin, muchos canales, para que los arroyos de las venas, saliendo del corazon como de su origen, puedan pasar por los estrechos conductos del cuerpo humano. Por último, cuando llega la muerte, dice, que los órganos se desatan como las cuerdas de un navío, y dejan en libertad al alma para que se vaya. A este tenor sigue una infinidad de metáforas de la misma fuerza; mas lo dicho basta para hacer ver cuán sublime son de suyo estas figuras, cuánto, digo, contribuyen á lo grande las metáforas, y de qué uso pueden ser en los pasages patéticos y en las descripciones.

Pero que estas figuras, así como todos los demas primores del discurso, lleven siempre las cosas al exceso, bastante se echa de ver sin que yo lo advier-

ta. Esta es la razon por que Platon ha sido no poco motejado, pues muchas veces se deja arrebatado como por una especie de furor, de metáforas desagradables y excesivas, y de una vana pompa alegórica. No se concebirá fácilmente, dice en un pasage, que debe suceder en una ciudad lo mismo que en un vaso, donde el vino que en él se echa, y que al principio está fuerte y chisposo, combinándose de repente con otra deidad sobria que le castiga, se hace suave y potable. Llamar al agua deidad sobria, y servirse del término *castigar* por *templar*; en una palabra, dedicarse tanto á estas menudas figuras, tiene, dicen, mucho de poesia, y aun prueba que no es muy sobrio el poeta. Esto es acaso lo que dió motivo á Cecilio para decidir tan osadamente en sus comentarios sobre Lisias, que este valia mas en un todo que Platon, llevado de dos opiniones tan poco sensatas la una como la otra. Porque si bien amaba á Lisias mas que á sí mismo, aun aborrecia mas á Platon que amaba á Lisias; bien que, impelido de estos dos movimientos, y por un espíritu de contradiccion, dice de estos autores muchas cosas, que no son decisiones tan soberanas como él se imagina. En efecto, acusando á Platon de haber decaído en muchos pasages, habla del otro como de un autor acabado y sin defectos; lo cual, léjos de ser verdad, no tiene ni aun sombra de verosimilitud. De hecho, ¿dónde hallaremos un autor que jamás cometa defecto alguno, y á quien nada haya que reprender?

CAPITULO XXVII.

¿Se debe preferir lo mediano perfecto á lo sublime que tiene algunos defectos?

A caso no será fuera de propósito examinar aquí esta cuestion en general, á saber: ¿cuál vale mas,

sea en la prosa ó sea en la poesía, un sublime que tiene algunos defectos, ó lo mediano perfecto en todas sus partes, que no decae ni degenera? Y en seguida, ¿cuál de dos obras debe llevar el premio, juzgando equitativamente las cosas, la que tiene mayor número de bellezas, ó la que teniendo algunos defectos se encamina mas á lo grande y lo sublime? Porque como estas cuestiones son muy análogas á nuestro asunto, es necesario resolverlas. En primer lugar, soy de parecer que una grandeza extraordinaria, no tiene naturalmente la pureza de lo mediano. En efecto, en un discurso pulido y limado, se debe temer la bajeza; y sucede lo mismo con el sublime que con una riqueza inmensa, en la cual no se puede tener todo tan á la vista, y es necesario á pesar nuestro, descuidar alguna cosa. Al contrario, es casi imposible que un talento mediano cometa faltas, porque como no se arriesga ni se eleva jamas, siempre está en seguro; en vez de que el grande está de suyo expuesto á riesgos por su propia grandeza. Tampoco ignoro que se me puede objetar que nosotros naturalmente juzgamos de las obras de los hombres por lo peor que tienen, y que la memoria de las faltas que en ellas se advierten, dura siempre y jamas se borra; en vez de que lo bello pasa con rapidez y se borra pronto de nuestra mente. Mas aunque yo he notado muchas faltas en Homero y en todos los autores célebres, y aunque soy acaso el hombre á quien mas ofenden, juzgo no obstante, que estas son faltas de que ellos curaron poco; que no se las puede llamar propiamente tales, sino que se las debe mirar simplemente como descuidos y ligeras inadvertencias que tuvieron; porque su ingenio, que solo cuidaba de lo grande, no podia detenerse en menudencias. En una palabra, digo que el sublime, aun cuando no esté sos-

tanido por igual, siempre que esto sea por causa de su grandeza, se aventaja á lo demas. En efecto, Apolonio, por ejemplo, el que compuso el poema de los *Argonautas*, jamas decae; y en Teócrito, exceptuando algunos pasages, en que sale algun tanto del carácter de la égloga, no hay cosa que no esté felizmente imaginada. Sin embargo, ¿querrias mas ser Apolonio ó Teócrito, que Homero? La *Erigona* de Eratósthenes, es un poema, en el cual nada hay que reprender: ¿Y por esto dirás que Eratósthenes es mejor poeta que Archiloco, quien se embrolla á la verdad, y está falto de orden y economía en muchos pasages de sus escritos, pero que no cae en estos defectos, sino por causa de aquel espíritu divino, del cual es arrebatado, y que no podria arreglar como quisiera? Y en lo lírico, ¿querrás mas ser Bacchilido que Píndaro? O en lo trágico, Ion, ese poeta de Chio, mejor que Sófocles? Es cierto que aquellos jamas dan un paso falso, y no tienen cosa que no esté escrita con mucha gracia y elegancia. No les sucede así á Píndaro y á Sófocles, pues en medio de su mayor violencia, miéntras que atruenan y lanzan rayos, por decirlo así, se apaga muchas veces poco oportunamente su fuego, y decaen desgraciadamente: y con todo, ¿hay hombre alguno sensato que se haya dignado comparar todas las obras juntas de Ion, con el solo Edipo de Sófocles?

CAPITULO XXVIII.

Comparacion entre Hipérides y Demóstenes.

Si se ha de juzgar del mérito de una obra por el número, mas bien que por la cualidad y excelencia de sus bellezas, se seguirá, que Hipérides debe

ser enteramente preferido á Demóstenes. En efecto, además de ser mas armonioso, tiene muchas mas partes de orador, de las cuales posee casi todas en grado eminente; semejante á aquellos atletas que poseen cuatro ó cinco especies de habilidades del ejercicio, y que no siendo los primeros en alguno de ellos, pasan en todos de lo comun y ordinario. En efecto, imitó á Demóstenes en todo lo que este tiene de bello, exceptuando la composicion y la colocacion de las palabras. Añade á esto la dulzura y las gracias de Lisias. Sabe suavizar donde conviene, la rudeza y sencillez del discurso, y no dice todas las cosas á un mismo tiempo como Demóstenes. Sobresale en la pintura de las costumbres. Su estilo tiene en medio de su sencillez, cierta dulzura agradable y florida. Hay en sus obras un infinito número de cosas graciosamente dichas. Su modo de reir y de burlarse es fino, y tiene cierta nobleza. Maneja la ironía con maravillosa facilidad. Sus burlas no son frías ni afectadas, como las de los falsos imitadores del estilo ático, sino vivas y enérgicas. Sabe eludir con destreza las objeciones que se le hacen, y convertirlas en ridiculas, amplificándolas. Es muy gracioso y lacónico, y abunda en juegos y en ciertas agudezas, que siempre hieren donde apuntan. Además, sazona todas estas cosas con un giro y una gracia inimitables. Ha nacido para conmovir y excitar la compasion. Es extenso en sus narraciones fabulosas. Tiene una flexibilidad admirable para las digresiones; se vuelve, toma aliento donde quiere, como puede verse en las fábulas que cuenta de Latona. Ha hecho una oracion fúnebre, escrita con tanta pompa y ornato, que no sé si alguno le ha igualado jamas en esto.

Al contrario Demóstenes, no se estiende bastante bien á pintar las costumbres; ni es difuso en su

estilo. Tiene cierta dureza y carece de pompa y ostentacion. En una palabra, casi no tiene ninguna de las cualidades de que acabo de hablar. Si se empeña en ser gracioso, se hace ridiculo mas bien que hace reir; y se aleja tanto mas del gracioso, cuanto mas procura acercarse á él. Sin embargo, como todas estas bellezas que se hallan en Hipérides, no tienen á mi parecer nada de grande; como siempre se ve en él, por decirlo así, un orador ayuno y una languidez de espíritu, que no inflama ni mueve al alma, jamas ha entusiasmado ni arrebatado á ninguno la lectura de sus obras. Empero Demóstenes, habiendo reunido en sí todas las cualidades de un hombre verdaderamente nacido para el sublime, y perfeccionado con el estudio aquel tono de magestad y de grandeza, aquellos movimientos animados, aquella fertilidad, aquella destreza, aquella prontitud, y sobre todo, lo que mas se debe apreciar en él, que es aquella fuerza y vehemencia, á que nadie ha podido llegar jamas; por todas estas cualidades divinas, que yo miro en efecto como otros tantos dones raros que habia recibido de los Dioses, y que no me es licito llamar cualidades humanas, ha eclipsado á cuantos oradores célebres ha habido en todos los siglos, dejándolos como abatidos y deslumbrados, por decirlo así, con sus truenos y sus rayos. Porque en las partes en que sobresale, es tan superior á estos, que con ellas redime enteramente las que le faltan. Y á la verdad es mas fácil mirar fijamente y con los ojos abiertos los rayos que caen del cielo, que dejar de penetrarse de las violentas pasiones que reinan en tropel en todas sus obras.

CAPITULO XXIX.

De Platon y de Lisias, y de la excelencia del espíritu humano.

Por lo que hace á Platon, hay, como ya he dicho, bastante diferencia; porque excede á Lisias, no solo en la excelencia, sino tambien en el número de las bellezas. Y digo mas: que Platon no es tan superior á Lisias, por un mayor número de bellezas, como este es inferior á aquel por un mayor número de defectos.

¿Qué es, pues, lo que ha movido á estos divinos espíritus á despreciar esa exacta y escrupulosa decencia, para no procurar mas que el sublime en sus escritos? He aquí una razon: que la naturaleza no ha mirado al hombre como á un animal infimo y de baja y vil condicion, sino que le ha dado la vida y le ha hecho venir al mundo, como á una gran asamblea, para ser espectador de todas las cosas que en él pasan; le ha introducido, digo, en esta lid, como á un valeroso atleta, que solo debe respirar gloria. Esta es la razon por que desde luego ha engendrado en nuestras almas una pasion invencible por todo lo que nos parece mas grande y mas divino. Así vemos que el mundo entero no basta á la gran extension del espíritu humano. Nuestros pensamientos pasan mas allá de los cielos, y trasponen los límites que rodean y terminan todas las cosas.

Y á la verdad, si cualquiera hace reflexion sobre un hombre, cuya vida solo haya tenido en su curso hechos y acontecimientos grandes é ilustres, podrá conocer por esto para qué hemos nacido. Así es que naturalmente no admiramos los riachuelos, por que su agua sea clara y trasparente, y asimis-

mo útil para nuestro uso; mas nos llenamos de sorpresa y admiracion cuando vemos el Danubio, el Nilo, el Rhin, y sobre todo el Oceano. Ni nos admira mas ver que una pequeña llama, que nosotros mismos hemos encendido, conserve mucho tiempo su luz pura; pero sí nos sorprendemos al contemplar esos fuegos que á veces se encienden en el cielo, si bien se disipan, por lo comun, apenas nacen; y no hallamos cosa mas asombrosa en la naturaleza que esos hornos del monte Etna, que á veces arrojan de lo profundo de sus abismos,

Rios y llamas, piedras y peñascos.

De todo esto se debe concluir, que lo que es útil y aun necesario á los hombres, nada tiene comúnmente de maravilloso, como que es fácil de adquirir; pero que todo aquello que es extraordinario, es admirable y sorprendente.

CAPITULO XXX.

Los defectos del sublime son excusables.

En órden, pues, á los grandes oradores, en quienes lo sublime y lo maravilloso se hallan unidos con lo útil y lo necesario, es preciso confesar, que aunque aquellos de quienes hablamos no hayan estado exentos de defectos, tenian sin embargo, algo de sobrenatural y divino. En efecto, sobresalir en todas las demas partes, nada tiene que exceda la capacidad humana; mas el sublime nos eleva casi á la altura de los dioses. Lo único que se gana en no cometer defectos, es no poder ser censurado; mas lo grande se hace admirar. ¿Qué te diré yo por fin? Uno solo de esos bellos rasgos y de esos pensamientos sublimes que se hallan en las obras de estos exce-

lentes autores, puede recompensar todos sus defectos. Aun digo mas: si alguno recogiese todos los defectos de Homero, de Demóstenes, de Platon y de todos los demas célebres héroes, no formarían la menor, ni la milésima parte, comparados con las muchas y buenas cosas que han dicho. Y así la envidia no ha podido impedir que se les haya dado la primacia y el premio en todos los siglos; y nadie hasta ahora ha podido disputársele, pues le conservan hasta el presente, y verosimilmente le conservarán.

Mientras las aguas corran por los llanos,
Y mientras que las selvas deshojadas
Vuelvan á su verdor en primavera.

Se me dirá acaso, que un coloso que tiene algunos defectos, no es mas de estimar que una estatua pequeña y acabada, como por ejemplo, el soldado de Policeto. A esto respondo: que en las obras del arte, á lo que se atiende es al trabajo y á lo acabado de ellas; mas en las de la naturaleza, se atiende á lo sublime y prodigioso; y el discurrir es una operacion natural del hombre. Añádase á esto, que en una estatua solo se busca la correspondencia y semejanza; mas en el discurso se exige, como ya he dicho, lo sobrenatural y lo divino. Sin embargo, por no alejarnos de lo que al principio dejó establecido, como la obligacion y objeto del arte es sostener al artista para que no decaiga, y como es muy difícil que una gran elevacion se sostenga mucho tiempo y guarde siempre un tono igual, preciso es que acuda el arte á dar auxilio á la naturaleza; porque en efecto, la alianza de esta con aquel, forma la suprema perfeccion. He aquí lo que he creído que debía decir sobre las cuestiones que se han presentado, dejando sin embargo á cada cual su juicio libre y salvo.

CAPITULO XXXI.

De las parábolas, de las comparaciones y de las hipérbolos.

Volviendo á nuestro asunto, las parábolas y las comparaciones se parecen mucho á las metáforas, y solo se diferencian de estas en un solo punto. . . .

Tal es esta hipérbole: *supuesto que vuestro espíritu esté en vuestra cabeza, y que no le holleis con vuestros piés.* Por esta razon debe tenerse presente hasta qué punto se pueden esforzar estas figuras; pues muchas veces por querer esforzar demasiado un hipérbole se le destruye. Es como la cuerda de un arco, que por estar muy tirante se rompe; y esto produce á veces un efecto distinto del que se desea.

Así es que Isócrates, por una nécia ambicion de no querer decir nada sin énfasis, cayó, no sé como, en una falta de escolar. Su designio en este panegirico es hacer ver que los de Aténas han hecho mas servicios á la Grecia, que los de Lacedemonia: véase por donde empieza: *Supuesto que el discurso tiene naturalmente la virtud de hacer las cosas grandes pequeñas y las pequeñas grandes, que sabe dar las gracias de la novedad á las cosas mas viejas, y hacer que parezcan antiguas las mas nuevas.* ¡O Isócrates! exclamará alguno, ¡vas de este modo á cambiar todas las cosas respecto de los lacedemonios y los atenienses! Haciendo de esta suerte el elogio del discurso, hace propiamente un exordio para exhortar á sus oyentes á que nada crean de cuanto va á decir.

Por esto se debe suponer en cuanto á los hipérbolos, lo que hemos dicho de todas las figuras en general; que las mejores de ellas son las que están del

todo encubiertas, y no se las tiene por hipérbolas. Para esto, pues, se debe procurar que siempre sea la pasión quien las produzca en alguna gran circunstancia; como por ejemplo, en el hipérbole de Tucídides hablando de los atenienses que fallecieron en la Sicilia: *Habiendo bajado á este sitio los sicilianos, hicieron en ellos una gran carnicería, especialmente en los que se arrojaron al rio. Corrompióse al instante el agua con la sangre de aquellos miserables, y no obstante estar tan cenagosa y ensangrentada, se peleaban por beberla.* Es bien poco creíble que los hombres beban sangre y cieno, y que además se peleen por beberla; y sin embargo la grandeza de la pasión, en medio de esta extraordinaria circunstancia, no deja de dar cierta apariencia de verosimilitud á la cosa. Lo mismo sucede con lo que dice Heródoto de aquellos lacedemonios que pelearon en el paso de las Termopilas: *se defendieron todavía por algún tiempo en aquel parage, con las armas que les quedaban, y con las manos y los dientes, hasta tanto que los bárbaros, tirando incesantemente sobre ellos, los hubieron como sepultado debajo de sus dardos.* ¿Qué dices de esta hipérbole? ¿Qué apariencia de verosimilitud tiene que unos hombres se defendiesen con las manos y los dientes contra gentes armadas, y que tantas personas quedasen sepultadas debajo de los dardos de sus enemigos? Sin embargo, no deja de parecer verosímil, porque la expresión no fué buscada como hipérbole, sino que mas bien parece que esta nació del mismo asunto. En efecto, para no separarme de lo que he dicho, el remedio infalible para impedir que las expresiones y pinturas desusadas no choquen, es no emplearlas sino en el calor de la pasión, y en los pasages que con corta diferencia parece que las exigen. Esto es tan cierto, como que en la comedia se dicen cosas que son de su-

yo absurdas, y sin embargo no dejan de pasar por verosímiles, porque mueven la pasión, es decir, excitan la risa. En efecto, la risa es una pasión del alma causada por el placer. Tal es este rasgo de un poeta cómico: *poseía una tierra, la cual no era mayor que la epístola de un lacedemonio.*

Por lo demas se puede usar del hipérbole tanto para agrandar las cosas, quanto para disminuirlas; porque la exageración es propia para estos dos diferentes objetos; y el *diasyrmo*, que es una especie de hipérbole, no es, bien entendido, mas que la exageración de una cosa ínfima ó ridícula.

CAPITULO XXXII.

De la colocacion de las palabras.

De las cinco partes que forman lo grande del estilo, como he sentado arriba, resta que examinar la quinta, á saber, la composición y colocación de las palabras. Mas como ya he dado dos volúmenes sobre esta materia (1), en los cuales he explicado suficientemente todo quanto he aprendido por una larga especulación, me contentaré con decir aquí lo que juzgo absolutamente necesario á nuestro asunto; como por ejemplo, que la armonía no es simplemente un adorno que la naturaleza ha puesto en la voz del hombre para persuadir é inspirar, sino que aun en los instrumentos inanimados es un medio maravilloso de elevar el valor y mover las pasiones.

Y á la verdad, ¿no vemos que el sonido de las flautas mueve el alma de los que las oyen, y los llena de furor, como si estuviesen fuera de sí? ¿Que

(1) *T. Estos dos volúmenes se han perdido.*

imprimiéndoles en el oído el movimiento de su cadencia, los obliga á seguirla y á arreglar á ella en cierto modo el movimiento de su cuerpo? En efecto, no solo le produce el sonido de la flauta, sino casi todo lo que tiene diferentes sonidos en el mundo, como por ejemplo, los sonidos de la lira; pues aunque nada signifiquen por sí mismos, sin embargo causan al alma un asombro y enagenacion admirable, como vemos muy frecuentemente, en medio de la variacion de tonos que se chocan y combinan mutuamente. Sin embargo, no son mas que imágenes y simples imitaciones de la voz que nada dicen ni persuaden; no siendo, si es permitido decirlo así, mas que unos sonidos bastardos, y no, como he dicho ya, efectos de la naturaleza del hombre. ¿Qué no dirémos, pues, de la composicion, que es en efecto como la armonía del discurso, cuyo uso es natural al hombre; que no hiere simplemente al oído, sino al alma; que pone en movimiento á un tiempo mismo tantas especies diferentes de nombres, de pensamientos, de cosas; tantas bellezas y primores, con las cuales tiene nuestra alma una especie de union y afinidad; que por medio de la diversidad y combinacion de sonidos se insinúa en los corazones, é inspira á los que la oyen las mismas pasiones del orador, y edifica sobre este sublime cúmulo de palabras lo grande y lo maravilloso que buscamos? Seria locura dudar de una verdad tan universalmente conocida y acreditada por la experiencia.

Por lo demas, sucede lo mismo con los discursos que con los cuerpos, los cuales deben por lo comun su principal excelencia á la reunion y justa proporcion de sus miembros; de modo que aunque un miembro separado de otro nada tenga en sí de notable, no por eso dejan de formar todos juntos un cuerpo perfecto. Así, dividiendo las partes del subli-

me, este se desvanece enteramente; en vez de que formando un solo cuerpo por medio de la combinacion que de ellas se hace, y de esta union armoniosa que las junta, el solo giro del periodo les da énfasis y sonido. Por esta razon se puede comparar el sublime en los periodos con un banquete á escote, al cual han contribuido muchos: tanto, que se ven muchos escritores y poetas que no habiendo nacido para el sublime, ántes bien siendo hombres apocados y que regularmente se sirvieron de modos de hablar comunes y muy poco elegantes, no obstante, con la sola colocacion de las palabras y cláusulas que les ahueca y engruesa en algun modo la voz, logran ostentar magnificencia y sublimidad, y tambien que no se eche de ver su bajeza. De estos es Philisto y tambien Aristófanes en algunos pasages, y Eurípides en muchos, como lo hemos ya demostrado bastantemente. Así, cuando Hércules despues de haber dado muerte á sus hijos, dice en este autor:

De una vez tantas penas han entrado
A hospedarse en aqueste pecho mio,
Que ya para otra mas no habrá vacío;

este pensamiento es muy trivial; sin embargo, le ennoblece por medio de este giro, que tiene cierta cosa musical y armoniosa. Y á la verdad, á poco que se invierta el orden del periodo, se verá claramente cuánto mas feliz es Eurípides en la colocacion de sus palabras, que en el sentido de sus pensamientos. Lo mismo sucede en su tragedia intitulada, *Dircea arrastrada por un toro*:

Furioso el toro, corre á cuantas partes
Le impele su furor, y tras sí arrastra
El árbol, la muger y aun el peñasco.

Este pensamiento es muy noble á la verdad; mas es necesario confesar que lo que le da mas fuerza

es cierta armonía, no precipitada ni arrebatada, como una masa pesada, sino conducida de un modo que las partes se sostienen mutuamente, y por medio de ciertas pausas. En efecto, estas pausas son como otros tantos fundamentos sólidos, sobre los cuales se apoya y levanta su discurso.

CAPITULO XXXIII.

De la medida de las palabras.

Nada hay, por el contrario, que mas rebaje el sublime, que aquellos números interrumpidos, y que se pronuncian con rapidez, cuales son los pirriquios, los troqueos y los dichoreos, que solo son buenos para el baile. De hecho, todas estas especies de piés y de medidas solo tienen un poco de donaire y agrado que siempre guarda el mismo giro, y que no mueve al alma. Lo peor que hallo en ellos es, que como vemos que aquellos á quienes se canta una aria, naturalmente no atienden al sentido de las palabras, sino que les lleva toda su atencion el canto; así estas palabras medidas no inspiran al alma pasiones que deben nacer del discurso, y solo imprimen en el oido el movimiento de la cadencia; si bien es verdad que como el oyente prevée de ordinario la cadencia que debe suceder, va delante del que habla, y le previene, señalando como en un baile la cadencia ántes que llegue.

Tambien es un vicio que enerva mucho el discurso, la muy esmerada colocacion de los periodos, ó quando los miembros de estos son demasiado cortos, y tienen muchas sílabas breves, estando por otra parte como unidos y ensamblados en aquellos pasages en que se desunen. Lo mismo se debe decir de los periodos muy cortados; pues no hay cosa que mas des-

truya el sublime que el quererle comprender en un espacio muy reducido. Quando prohibo que se corten demasiado los periodos, no pretendo hablar de aquellos que tienen su justa extension, sino de los que son muy reducidos y como mutilados. En efecto, el cortar demasiado el estilo arredra al lector, en vez de que le auxilia el dividirle en periodos. Mas si por el contrario, son muy difusos los periodos, entorpecen el vigor del pensamiento, y todas estas palabras afectadas para alargar mas de lo conveniente un discurso, son lánguidas y muertas.

CAPITULO XXXIV.

De la bajeza de los términos.

Otra de las cosas que tambien degradan al discurso es la bajeza de los términos. Así vemos en Heródoto la descripcion de una tempestad, que si bien es divina por lo que toca al sentido, pero ha mezclado en ella palabras en extremo bajas, como quando dice: *empezando el mar á hervir*. El mal sonido de esta palabra *hervir*, hace perder á su pensamiento una parte de lo que tenia de grande. *El viento*, dice en otra parte, *los zarandéó mucho, y los que fueron dispersados por la tempestad tuvieron un fin poco agradable*. La palabra *zarandear* es baja, y el epíteto de *poco agradable* es poco á propósito para expresar un fracaso como este.

Tambien el historiador Teopompo ha hecho una pintura de la bajada del rey de Persia á Egipto, que es maravillosa por otra parte; mas toda la ha estropeado con la bajeza de los términos que ha empleado en ella: *¿Hay alguna ciudad, nacion alguna del Asia, dice este historiador, que no haya enviado embajadores al rey? ¿Hay cosa alguna bella y preciosa*

que crezca ó se fabrique en estos paises, de que no le hayan hecho regalos? ; Qué de tapices y vestidos magníficos, unos encarnados, otros blancos y otros historiados y de varios matices! ; Cuántas tiendas doradas y surtidas de todos los víveres necesarios! ; Cuánta ropas y camas magníficas! ; Cuántos vasos de oro y plata adornados de piedras preciosas ó primorosamente trabajados! Añádase á esto un número infinito de armas extranjeras y á la griega; una muchedumbre increíble de bestias de carga y de animales destinados á los sacrificios; de cajones llenos de toda especie de manjares exquisitos; de armarios y sacos llenos de papel y de otros muchos utensilios, y una cantidad tan grande de viandas saladas de toda especie de animales, que los que las veían de léjos pensaban que eran colinas que se levantaban de la tierra.

Desde la mas alta elevacion cae hasta la mas fina bajeza, precisamente en el pasage en que mas debia elevarse; porque mezclando importunamente en la pomposa descripcion de este aparato cajones, armarios y canastas de viandas, parece que hace la pintura de una cocina. Y así como si alguno que tuviese que colocar todas estas cosas, y en medio de las tiendas y los vasos de oro, en medio de la plata y los diamantes, colocase sacos y cajones, haria con esto un malísimo efecto; así tambien las palabras bajas en el discurso, pues son como otras tantas manchas y lunares vergonzosos que deslustran la expresion. No habia mas que alterar un poco la descripcion, y decir en general, en órden á las colinas de viandas saladas y lo demas de aquel aparato: que enviaron al rey camellos y muchas bestias de carga con todos los víveres y regalos necesarios, y grandes cantidades de viandas las mas exquisitas, con todo cuanto se puede imaginar de mas sabroso y delicado; ó si se quiere, todo cuanto los reposte-

ros y cocineros pudieran desear para el regalo de su dueño. Porque en un discurso muy elevado no se debe descender á cosas bajas y de ninguna consideracion, á no obligar á ello una necesidad muy urgente. Es necesario que las palabras correspondan á la magestad de las cosas de que se trata; y en esto es bueno imitar á la naturaleza, la cual al formar al hombre no expuso á la vista aquellas partes que no es honesto nombrar, y por las cuales se purga el cuerpo, ó, para valerme de la expresion de Xenofonte, *ha escondido y retirado estos desagüaderos lo mas léjos que le ha sido posible, por no manchar la hermosura del animal.* Mas no hay necesidad de examinar tan individualmente todas las cosas que degradan á la oracion. Y supuesto que he manifestado lo que la eleva y ennoblece, fácil es de juzgar que lo contrario es lo que ordinariamente la envilece.

CAPITULO XXXV.

De las causas de la decadencia de los ingenios.

Solo resta ya una cosa que examinar, mi amado Terenciano; esta es la pregunta que me hizo dias hace un filósofo; porque es útil aclararla, y quiero añadirla á este tratado para tu satisfaccion.

No acabo de admirarme, decia este filósofo, y muchos otros se admiran tambien de que hallándose en nuestro siglo bastantes oradores que saben manejar un razonamiento, y que tienen asimismo estilo oratorio; que habiendo muchos, digo, que tienen vivacidad, claridad, y sobre todo, gracia en sus discursos, se encuentren tan pocos que puedan elevarse hasta el sublime: tan gran es al presente la esterilidad de los ingenios. ; Consistirá, proseguia, en lo que se dice comunmente; que el gobierno po-